

Pierre Miquel o.s.b.
Abad de Saint-Martin
Ligugé, Francia

La amistad es el sentimiento que une entre sí dos personas. Es un sentimiento natural conocido ya por los paganos pero al cual la revelación judeo-cristiana ha dado una nota específica.

I — La amistad en la antigüedad pagana

1. La amistad exige reciprocidad

Ya lo había notado Platón: "Donde no hay reciprocidad no hay amistad" (*Lysis* 212 B-D). Mientras se puede amar a alguien sin ser correspondido por éste, la amistad no puede existir si no es recíproca.

2. La amistad exige igualdad

En la *Etica* a Nicómaco, Aristóteles desarrolla este principio. La amistad supone una cierta igualdad (*φιλότιης ἰσότης*. VIII, V, 5), que permite la reciprocidad. Por eso no se puede ser amigo de una cosa ni amigo de un dios. Aristóteles insiste sobre este último punto: "Es difícil precisar hasta dónde puede extenderse la amistad entre personas desiguales (. . .) Por lo tanto, con un ser aparte de los otros, como un dios, ella es imposible. De ahí una pregunta embarazosa: ¿pueden los amigos querer para sus amigos los mayores bienes, por ejemplo, que se tornen dioses? Pero, en tal caso, ¡la amistad desaparecerá!" (VIII, VII, 5).

Nos hallamos lejos aun de la *φιλανθρωπια* que los Padres griegos atribuirán a Dios.

3. La amistad exige comunidad

Platón, en el *Lysis* (207 C) cita una máxima de origen probablemente pitagórico: "Entre los amigos todo es común".

Aristóteles establece una estrecha relación entre amistad y comunidad: es esta la razón por la cual no ve la posibilidad de una amistad entre el hombre y Dios, puesto que nada en común puede haber entre ellos. "La amistad se manifiesta en la comunidad" (VIII, IX, 1); "Toda amistad se vive en comunidad" (VIII, XII, 1).

El neoplatonismo tardío será menos categórico. La influencia de las religiones orientales será importante, sin duda, en esta evolución hacia una relación más cordial entre los hombres y la divinidad. "El sacrificio nos desata las ligaduras del devenir para tornarnos semejantes a los dioses, disponernos a su *amistad*, y cambiar en inmaterial nuestra vida material" (JAMBLICO, *Los Misterios de Egipto* V, 12).

* De *Collectanea Cisterciensia* T. 37, N° 4, 1975.

4. La amistad es indefinible

El diálogo de Platón consagrado a la amistad termina así: "Nuestros oyentes dirán, al irse, que nosotros que tenemos la pretensión de ser amigos no hemos sido capaces de descubrir qué es un amigo" (*Lysis* 223 B).

5. La amistad es un medio de alcanzar el bien

En el mismo diálogo (220 B) Sócrates interroga: "Cuando llamamos amigo a una cosa a la que amamos con vistas a otra, nuestra amistad es tan solo una manera de hablar: la cosa verdaderamente amada parece ser realmente aquella a la que tienden todas estas presuntas amistades (. . .) Lo que es amado no lo es con vistas a otra cosa que se ama. Es el bien lo que es amado". En este hermoso texto hay como un presentimiento de que la amistad es un camino de acceso privilegiado a ese bien misterioso que aquí es tan solo una abstracción trascendental y no todavía una persona divina.

Cicerón

La reflexión de Cicerón sobre la amistad merece una mención particular. El mismo tuvo muchos amigos (cf. Gaston BOISSIER, *Cicéron et ses amis*, Paris 1923); su *de Amicitia* es clásica.

Define la amistad como un consenso, una benevolencia, una *caritas*: "La amistad no es otra cosa que el acuerdo *consensus* sobre todas las cosas humanas acompañado de benevolencia y de afecto *benevolentia*" (*de Amicitia*, 20).

La amistad es un don de los dioses: "Estoy convencido de que, con excepción de la sabiduría, nada mejor ha sido dado al hombre por los dioses inmortales" (*idem*, 20).

La amistad da atractivo a la vida: "La vida solitaria y sin amigos no podría ser agradable" *Vita inculta et deserta ab amicis non possit esse jucunda* (*idem*, 55).

La amistad es una prenda de inmortalidad: *Amicitiae nostrae memoriam spero sempiternam fore* (*idem*, 19). *Verae amicitiae sempiternae sunt* (*idem*, 32).

La amistad exige unidad y estabilidad de alma en los amigos: "Puesto que la amistad consiste —por decirlo así— en hacer de varias almas una sola, ¿cómo podría ser esto posible si, también en cada uno, el alma, en vez de ser una y estable, fuese variable, cambiante y múltiple?" (*idem*, 92).

Casiano en la *Conferencia* XVI mantiene todavía una línea muy pre-cristiana con respecto a la amistad cuando declara: "La verdadera concordia, la amistad indisoluble no puede subsistir sino con una vida irreprochable y entre personas semejantes en virtud y con un mismo propósito" (SC 54, p. 247). Un pagano podría haber dicho otro tanto.

II — La revelación bíblica de la amistad de Dios hacia el hombre

Antiguo Testamento

En la antigüedad pagana, la amistad entre los hombres era un don de los dioses, pero la amistad de Dios hacia el hombre era imposible y hasta inconcebible.

La Biblia no ignora la amistad entre los hombres: la elegía que David dedica a Saúl y Jonatán atestigua la profundidad de este sentimiento: "Tu amistad era para mí más dulce que el amor de las mujeres" (II S 1,26).

Los Sabios de Israel comentan sobre la amistad. Mencionemos de paso a los amigos de Job, tan torpes en sus consuelos. El Libro de los Proverbios contiene algunas sentencias de buen cuño, fruto de la experiencia:

"El rico tiene muchos amigos" (14,20).

"Todos son amigos del que da" (19,6).

"Hay amigos más queridos que un hermano" (18,24).

"La dulzura de la amistad alegra el alma" (27,9).

El Eclesiástico (6,5-17) exhorta a ser prudente en la amistad y aconseja que se pruebe bien al amigo antes de confiarle un secreto (cf. 22,19-26 y 27,16-21). No tenemos otra hermosa máxima: "Cual eres tú, tal será tu amigo" (6,17) que completa el célebre proverbio: "Dime con quién andas y te diré quién eres".

Pero la originalidad de la revelación consiste en que es Dios mismo quien se declara amigo del hombre. Primero es la amistad privilegiada hacia algunos hombres destinados a engendrar o a conducir al pueblo hebreo: Dios ama a Abrahán y a Moisés, pero en ellos y por ellos es el amigo de su pueblo. "Abrahán, mi amigo", dice Dios (Is 41,8). En el libro II de las Crónicas (20,7), los israelitas, dirigiéndose a Dios, le recuerdan su amistad eterna con su padre Abrahán. El libro de Daniel (3,35) pondrá en labios de Azarías, en el horno ardiente, la misma plegaria: "No nos retires tu favor por amor de Abrahán, tu amigo". La carta de Santiago (2,23) mantendrá este título de Abrahán: "Fue llamado amigo de Dios". Como ha observado Andrés Neher "Abrahán es uno de esos hombres a quienes Dios confía no sólo un mensaje sino su pensamiento. Es no sólo un mensajero de la palabra de Dios sino su confidente" (*L'essence du Prophétisme*, PUF 1955, p. 184). Moisés se beneficia también con la amistad de Dios: "Yahvé hablaba a Moisés cara a cara como habla un hombre con su amigo" (Ex 33,11). Lo mismo ocurrirá con todos los profetas (Is 6,8). "El Señor nada hace sin revelar su secreto a sus siervos los profetas" (Am 3,7). Nótese que la expresión "amigo único" aplicada en Egipto por el Faraón a los altos funcionarios eran tan solo un título en la jerarquía política. Sólo Dios puede tener numerosos "amigos únicos", es decir, amar a cada uno con un amor de predilección.

Nuevo Testamento

Jesús tiene amigos. Entre los discípulos hay uno a quien el cuarto evangelio designa como "el que Jesús amaba" (13,23; 19,26; 21,7.20). Jesús anuncia la muerte de Lázaro por estas simples palabras: "Lázaro, nuestro amigo, duerme" (Jn 11,11) y sus sollozos ante el sepulcro de Lázaro indican la hondura de su amistad por el difunto y también, a través de él, por todos los hombres sometidos a la muerte.

El joven rico, a quien Jesús miró, y amó, rechazó la amistad de Jesús (Mc 10,21).

Jesús confió a sus discípulos: "A vosotros, amigos míos os lo digo: No tengáis miedo a los que matan el cuerpo y ya después de esto no pueden hacer más" (Lc 12,4).

El cuarto evangelio presenta a Juan Bautista como "el amigo del esposo": "El que tiene a la esposa es el esposo, pero el amigo del esposo, que asiste y atiende al

esposo, se llena de alegría al oír la voz del esposo. Pues esta es la alegría que se me ha cumplido" (Jn 3,29).

El Sermón de la Cena es la revelación suprema de la amistad de Dios hacia el hombre. Algunas frases fijan definitivamente esta doctrina: el don de la vida por sus amigos, la obediencia como prueba de la amistad verdadera, la diferencia entre el servidor y el amigo confidente:

"No hay mayor amor que dar la vida por sus amigos" (15,13).

"Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando" (15,14).

"Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (15,15).

Nota exegética

Dos verbos griegos estaban a disposición de los traductores de la versión griega de los Setenta y de los autores del Nuevo Testamento para designar el amor de Dios por su pueblo o por tal o cual persona: *αγαπᾶν* y *φιλεῖν*. Constatamos que los Setenta no emplean el verbo *φιλεῖν* sino el verbo *αγαπᾶν*, sin duda porque *φιλεῖν* significa más bien el amor de amistad y por lo tanto subraya la igualdad y la reciprocidad entre el que ama y el amado, que no puede existir entre Dios y el hombre. En el Nuevo Testamento, la terminología parece más fluctuante. San Pablo emplea el verbo *φιλεῖν* sólo dos veces: "Si alguno no ama al Señor, sea anatema" (I Co 16,22); "Saluda a los que nos aman en la fe" (Tt 3,15).

San Mateo lo emplea 4 veces, pero uno solo de los textos se refiere al amor por Jesús: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí. El que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí" (Mt 10,37).

San Juan emplea 6 veces el verbo *φιλεῖν* (contra 25 veces el verbo *αγαπᾶν*). Designa el amor de amistad de Jesús para con Lázaro: "Las dos hermanas mandaron decir a Jesús: 'Señor, el que amas está enfermo'" (11,3), "Los judíos dijeron entonces: '¿Cómo lo amaba!' (11,36); el amor del Padre por su Hijo: "El padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace" (5,20) (lo que se justifica —por decirlo así— por su igualdad proclamada en el versículo 5,18: "... llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios"); el amor del Padre para con aquellos que aman a Jesús: "El Padre mismo os ama porque vosotros me amáis y habéis creído que salí de Dios" (16,27).

Pero el amor de Jesús por su discípulo preferido es designado a veces por *φιλεῖν* (20,2) a veces por *αγαπᾶν* (13,23; 19,26; 21,7,20). Y en el último capítulo del evangelio, a la pregunta de Jesús: "¿Pedro, me amas?" (*αγαπᾶν*) (21,15), Pedro responde: "Tú sabes que te amo" (*φιλεῖν*) (21,15). Entonces Jesús repite dos veces la pregunta empleando en ambos casos el verbo *φιλεῖν*.

Por fin, en el Apocalipsis, se cita un versículo del A.T.: "Yo, a los que amo, *φιλω* reprendo y corrijo" (Ap 3,19), pero hay que notar que la versión de los Setenta empleaba el verbo *αγαπᾶν* (Pr 3,12). Como se ve es difícil delimitar con precisión el sentido exacto de ambos verbos y sacar conclusiones ciertas respecto de su empleo por los autores bíblicos.

III – Teología de la amistad

Si Dios se revela como amigo del hombre es porque en sí mismo es Amistad entre las personas divinas.

Aristóteles lo había declarado: la amistad puede existir sólo entre personas iguales (*Ética a Nicómaco* VIII, 8). Mario Victorino habla de una *divina affectio* entre las personas de la Trinidad (*Adv. Arium* I, XVI; SC 68, p. 224). Toda la teología trinitaria de Ricardo de Saint-Victor está fundada sobre esta amistad entre las personas divinas: "La caridad soberana debe ser perfecta en todo sentido. Para ser soberanamente perfecta, debe ser de tal intensidad que no pueda haberla más intensa, de tal calidad que no pueda haberla mejor. Pues a la caridad soberana no le puede faltar lo que es la suprema grandeza; tampoco le puede faltar lo que es manifiestamente la suprema excelencia. Ahora bien, en la caridad verdadera parece que la excelencia suprema es querer que otro sea amado como uno mismo lo es: en el amor mutuo, en el amor ardiente, nada es más raro ni más admirable: querer que el ser a quien se ama soberanamente y de quien se es soberanamente amado ame a otro con un amor igual. Así la prueba de la caridad consumada es el deseo de que sea comunicada la dilección con que se es amado.

Por cierto, para aquel que ama con un amor soberano y desea ser amado con soberano amor, la alegría perfecta es realizar tal deseo, obteniendo la dilección que ansía. Y por consiguiente se da muestra de caridad aún imperfecta cuando uno se niega a complacerse en la comunicación del gozo más precioso que uno mismo está gustando.

No poder admitir una comunidad en el amor es signo de gran flaqueza. Poder admitirla es ya una gran cosa, aceptarla será más grande aún, desearla será la grandeza suprema" (Ricardo de SAINT-VICTOR, *De Trinitate*, III, 11:PL 196,922 C-D; SC 63, p. 191-193).

Orígenes define el conocimiento de Dios como una amistad espiritual (*In Proverbia Com.* 6:PG 17, 176 D).

Mamerto Claudiano ve en la amistad humana como un sacramento del amor de Dios: "Ama a tu Dios y en tu Dios a tu amigo, imagen de tu Dios. Y que él también amando a Dios te ame en Dios. Si ambos buscáis lo que es uno, si tendéis a lo que es uno, estaréis siempre cerca el uno del otro porque estáis establecidos en lo que es uno. Pero no sé cómo podría ocurrir que cuerpos colocados juntos estén presentes unos a los otros, ni que almas reunidas en el uno no estén mutuamente presentes" (*De statu animae*, I,27:PL 53,736 C).

Pero el gran teólogo de la amistad es Elredo de Rievaulx cuyo tratadito *De spirituali amicitia* es una obra maestra. Desde la primera frase de la obra coloca entre los dos amigos a su amigo común, Cristo. "Ecce ego et tu, et spero quod tertius inter nos Christus sit" (Henos aquí, tú y yo, y espero que, tercero entre nosotros, esté también Cristo). ¿Habría leído esto Simone Weil cuando escribe: "Cristo siempre está presente como tercero en la intimidad de una amistad cristiana"? (*L'attente de Dieu*, 1950, p.86). Según Elredo, la amistad humana es un camino de acceso a la amistad divina: "La amistad es un peldaño cercano hacia la perfección que consiste en el amor y el conocimiento de Dios: un hombre que es amigo de otro hombre deviene por eso mismo amigo de Dios" (PL 195,671D). Viendo en la amistad una forma exquisita del *αγαπη* se pregunta: "¿Diré de la amistad lo que el amigo de Jesús, Juan,

dijo de la caridad: 'Dios es amistad'? – Sin duda, la expresión es inusitada, no está fundada en la Escritura. Sin embargo, no vacilo en aplicar a la amistad lo que se dice más lejos de la caridad: 'Quien permanece en la amistad permanece en Dios y Dios en él' (I Jn, 4,16)" (PL 195,670 A).

En un opúsculo atribuido por mucho tiempo a Casiodoro y que podría ser de Pedro de Blois, el autor escribe en la misma línea que Elredo: "*Fons sane et origo amicitiae amor est, et quasi genus ad speciem; nam cum amor saepe sine amicitia sit, amicitia nunquam sine amore consistit*"¹ (*De amicitia christiana* IV:PL 207,875 D).

Y Sto. Tomás escribirá luego en la *Summa*: "La caridad significa no solamente el amor de Dios, sino una cierta amistad con él (I^a II^{ae}, q.65, art. 5, resp.).²

IV – La amistad en la tradición cristiana

1. La amistad exclusiva

En las Reglas monásticas atribuidas a S. Basilio, el autor se muestra severo respecto de la "amistad particular": "El monasterio cenobítico no admite la amistad particular entre dos o tres hermanos" (*Reglas monásticas* XXIX: PG 31,1417 D).

Casiano, por el contrario admite grados en la amistad en el seno de la familia cenobítica: "La caridad verdaderamente ordenada es aquella que, sin tener aversión a nadie, sin embargo ama más particularmente a algunos, a causa de la excelencia de sus virtudes y de sus méritos (...) para amarlos con una mayor efusión del corazón; y que, aun dentro de este pequeño número escogido, hace una segunda selección por la que se reserva algunos de ellos que ocupan el primer lugar en su amor y en su corazón" (*Conferencia* XVI).

La *Imitación de Cristo*, en su austera espiritualidad, rechaza toda amistad de predilección salvo para con Cristo mismo: "Solus Jesus Christus est singulariter amandus (...) Nunquam cupias singulariter... amari. Nec velis quod aliquis tecum in corde suo occupetur, neque tu cum alicujus occuperis amore" (II, VIII, 4).³

Reacción contra los abusos, pero que corre el riesgo de desequilibrar la afectividad humana por excesivos cercenamientos. El Cura de Ars, poco sospechoso de laxismo, decía más humanamente: "Todo lo que necesito es un poco de amistad".

2. La pseudo-amistad de los malos

El Nuevo Testamento nos ofrece su modelo en la reconciliación de Herodes y Pilatos cuando el proceso de Jesús: "En aquel día se hicieron amigos uno del otro, pues antes eran enemigos" (Lc 23, 12). Todos los autores espirituales condenan

¹ Ciertamente, la fuente y el origen de la amistad es el amor, y casi como en relación de género y especie; pues mientras que el amor existe a menudo sin la amistad, nunca subsiste la amistad sin el amor. *Nota Trad.*

² *Caritas non solum significat amorem Dei sed etiam amicitiam quandam ad ipsum.*

³ Sólo a Jesucristo se debe amar singularmente (...) Nunca codicies ser (...) amado singularmente. Ni quieras que alguno se ocupe contigo en su corazón, ni tú te ocupes en amor de alguno. *Nota Trad.*

evidentemente las coaliciones de los murmuradores, de los hombres que se entienen sólo para sembrar cizaña (*concordes ad discordiam*, dirá S. Bernardo), lo que Casiano llama *amicitia conjurationis* (Conferencia XVI: PL 49, 1042; SC 54, p. 222 título XXVIII) y S. Bernardo *inimicissima amicitia* (*Sermo XXIV super Canticum*).

3. Las grandes amistades

La gran Tradición cristiana, desde la primitiva Iglesia hasta la Edad Media, vivió la amistad con un calor humano que ahora, después de tres siglos de jansenismo, nos resulta extraño. Basta citar algunos textos de épocas diferentes: S. Bonifacio, arzobispo de Maguncia, apóstol de Frisia, que murió mártir, escribe a las abadesas con exquisita ternura: "A mi Hermana, la Abadesa Eadburga, a quien estoy unido por el vínculo áureo del amor espiritual y a quien beso con el ósculo divino y virginal de la caridad" (*Epist. XVII a la abadesa Eadburga*, año 725: PL 89, 711). "A mi Hermana, la Abadesa Bugga, a quien amo en el amor de Cristo, más que a todas las otras creaturas del sexo femenino" (*Epist. XXXII a la abadesa Bugga*, año 733: PL 89, 731).

S Pedro Damiano, el recio reformador, escribe a uno de sus amigos, el Abad Didiero: "Al mirarte, a ti que me eres tan querido, levanto mis ojos hacia aquél a quien deseo alcanzar, unido a ti" (*Epist. II, 12: PL 144, 278*).

Un anónimo del siglo XII confía a un amigo, que también nos es desconocido: "Tú estás presente en mi oración y yo lo estoy en la tuya. Si digo presente no te sorprendas; pues si me amas, y si me amas porque soy la imagen de Dios, yo te estoy tan presente como tú lo estás a ti mismo. Todo cuanto eres sustancialmente, yo lo soy. En efecto, toda alma racional es imagen de Dios. Por eso, quien busca en sí la imagen de Dios busca tanto a su prójimo como a sí mismo, y quien la encuentra en sí por haberla buscado, la conoce tal como ella está en todo hombre (. . .) Así, pues, si te ves, me ves, a mí que no soy otra cosa que tú; y si amas la imagen de Dios, es a mí, en cuanto imagen de Dios, a quien tú amas; y a mi vez, al amar a Dios yo te amo. Así, buscando una misma cosa, tendiendo hacia una misma cosa, estamos siempre presentes el uno para el otro, en Dios, en quien nos amamos" (*Meditationes piissimae de cognitione humanae conditionis: PL 184, 495 A-B*).

Las *Floreillas* describen el mudo encuentro de S. Luis y el hermano Egidio: "Cuando san Luis, rey de Francia, resolvió hacer una peregrinación por los santuarios de la cristiandad, decidió en su corazón ir a visitar al hermano Egidio, cuya santidad había oído mentar (. . .) Y saliendo de su celda como un ebrio, y corriendo hacia la puerta cuan velozmente podía, el santo hermano Egidio se arrojó en brazos del rey, se besaron ambos piadosamente, de rodillas uno frente al otro, como si se hubiesen conocido anteriormente con una antigua amistad.

Y luego, después de todas estas manifestaciones del más tierno amor, se alejaron uno del otro sin haberse dicho una sola palabra, observando, por el contrario, un silencio absoluto.

Y el hermano Egidio explicó: 'Mis queridos hermanos, no os extrañéis si mi visitante y yo nada nos hemos podido decir: porque desde el momento mismo en que nos abrazamos, la luz de la sabiduría divina me reveló su corazón, y a él, el mío. Y así, colocados frente a ese espejo eterno, cuanto mi visitante pensaba decirme y cuanto yo pensaba decirle a él, lo hemos oído sin ruido alguno de los labios o de la

lengua, y mucho mejor que si nos hubiésemos hablado" (*Fioretti* de S. Francisco de Asís, cap. XXXIV).

V — Cuatro observaciones a manera de conclusión

1. La amistad verdadera es silenciosa

Los coloquios de los verdaderos amigos están cortados por largos silencios. Aun cuando se encuentren raramente, su conversación revive sin esfuerzo y no tienen necesidad de hablar mucho para comprenderse. "Felices dos amigos. . . que saborean el placer de callar juntos, de callar uno junto al otro, de caminar por largo rato. . . silenciosamente a lo largo de caminos de silencio. . . en un país que sabe callar" (Charles Péguy).

2. La verdadera amistad está plena de pudor

Así como el gran amante no habla de su amor, tampoco el amigo habla de su amigo: "La amistad es el descubrimiento de lo íntimo, singular e incomunicable de un ser; no se puede, en realidad, hablar de su amigo sin una especie de profanación, sólo se puede hablar a su amigo" (P. Monchanin, *L'amitié et l'amour* en "Médecine et Adolescence", Groupe Lyonnais médical, 1936, p. 293).

3. La verdadera amistad se basa en la lealtad

La verdadera amistad se sitúa más allá de las ilusiones, de los flechazos y de los entusiasmos de juventud. "El simple hecho de gozar porque se piensa sobre un tema cualquiera igual que el ser amado, o en todo caso, el hecho de desear una coincidencia de opiniones, es un atentado a la pureza de la amistad así como a la probidad intelectual. Esto es muy frecuente. Pero tengamos en cuenta que una amistad pura es rara" (Simone Weil, *L'Attente de Dieu*, 1950, p. 205). "De cada amigo verdadero espero con alegría el día en que nos revelaremos mutuamente alguna gran flaqueza: estaremos entonces definitivamente fuera de toda mentira" (Emmanuel Mounier a Emile-Albert Niklaus, 3 janvier 1939, en *Mounier et sa génération*, Le Seuil, 1956, p. 218).

Estas tres características convienen no solamente a la amistad humana sino aún a la amistad con Dios: oración silenciosa, pudor acerca de la propia vida interior, lealtad en la propia relación con Dios.

4. La verdadera amistad "prueba" a Dios

La amistad no puede —como tampoco el amor— apagar la sed de absoluto que hay en el hombre, más bien la agudiza: las lagunas, las carencias, las fallas de las más grandes amistades son como una prueba de Dios, el único amigo. "Recordar esos instantes en que uno descubre a su más querido amigo por debajo de lo que se lo había imaginado, privado de alguna cualidad que se le creía tener; en esos instantes se comprende muy bien que es necesario que exista alguien que tenga todo eso en él, cuyo oficio, cuya característica esencial sea tener toda esa realidad, toda esa perfección, cuya carencia constatamos acá" (Jacques Rivière, *A la Trace de Dieu*, Paris, Gallimard, 1934, pp. 181-182).

Tradujo: Hna. Bernarda Bianchi di Carcano o.s.b.
Abadía Sta. Escolástica — Argentina.